

Cruzada y Reconquista a partir del Poema de Mío Cid: una lectura de las estructuras socio-políticas para los siglos XI-XIII

Por Tamara Alvarado H.*

Entre el siglo XI en el que vive Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid histórico, y el siglo XIII, fecha más tardía en la que se postula la copia conservada del *Poema de mío Cid*, la Península Ibérica es escenario de una situación que, en gran medida, da forma a la identidad de los pueblos y naciones que la conforman hasta la actualidad: por una parte, su realidad de frontera, causada por la irrupción violenta del pueblo musulmán en el siglo VIII, combinada con su ya situación de *finis terrae* que, en la Alta Edad Media la dejaba, a modo general, apartada del resto de Europa[1], configurarán para los siglos posteriores un imaginario y una idiosincrasia particular que definirá al pueblo español, puesto que “*la España medieval está en una constante ebullición: étnica, cultural, lingüística y religiosa.*”[2] En este contexto, es en el que no sólo se desempeñará la vida de Rodrigo Díaz, sino que también se le dará forma al mito, al héroe legendario que rodea su existencia histórica, configurándola y modificándola de tal modo que, a partir del texto literario, podemos aproximarnos no tanto a su propia vida (que difiere bastante de la realidad) como a la sociedad misma que lo enmarca y lo sostiene en una especie de Olimpo, proyectando en su experiencia heroica todos aquellos valores políticos e hispano-cristianos que esta sociedad requiere para un momento en el que, de una *finis terrae*, poco a poco, comienza a adquirir protagonismo, toda vez que los

reinos cristianos logran mejor resistencia y puntos de avanzada que convertirán a la Península en uno de los centros de resguardo y de expansión de la Cristiandad contra el Islam.

Esta situación hizo posible que las dimensiones política y religiosa lograsen, muchas veces, confundirse en las acciones llevadas a cabo por los actores socio-políticos más importantes del período y, en este sentido, el *Poema* nos pone de relieve la figura del rey Alfonso VI y del Cid que, ya sea en la realidad del siglo XI o, en la ficción literaria de los siglos XII y XIII, encarnan en sí mismos toda una estructura política y social determinada por la situación de frontera en parte, pero determinada por el contexto europeo también, estableciendo así relaciones de poder específicas, características del período que conocemos como Edad Media y que podemos seguir a partir de la lectura de esta célebre obra literaria.

De esta forma entonces, es que esperamos comprender cómo en la figura del Cid y del rey Alfonso se plasman las instituciones políticas, dinámicas sociales y valores hispano-cristianos que definen España en este período y la identifican del resto de Europa, toda vez que los reinos hispanos serán baluarte de la Cristiandad y ya no una tierra semi olvidada de los siglos anteriores, puesto que, en su situación de frontera, combate no contra cualquier reino cristiano, sino contra uno de los enemigos más feroces del cristianismo medieval: el musulmán.

Para nuestro propósito, serán las estructuras sociales un soporte histórico muy importante en la aproximación al conocimiento de este período, del cual el *Poema* nos da buena cuenta. Baste para ello destacar las relaciones de vasallaje por un lado, las posibilidades de riqueza que otorga la vida de frontera como un modo de “asenso social” por el otro y, como último gran tema dentro de estas estructuras, la distinción ambigua que existe entre moros y cristianos, lo que nos lleva a cuestionarnos las consideraciones sociales que de uno y otro lado podrían

haber tenido después de siglos de convivencia, tanto bélica como pacífica, aquellos supuestos enemigos mortales.

El vasallaje que nos presenta la obra tendrá, como en otros varios elementos, la doble faceta encarnada en el rey y en el Cid. Por una parte, se nos muestra a un rey airado, señor del Cid que despide a su vasallo, condenándolo al destierro y, por ende, a una terrible desgracia. Así nos lo cuenta la reconstrucción del Poema en sus primeros versos, cuando por motivo de que el rey: *“estava muy sañudo e mucho irado contra él creyólos luego..., e enbio luego decir al Cid por sus cartas que le saliesse de todo el regno. El Cid después que ovo leídas las cartas, commo quier que ende óbviese grand pesar, non quiso y al fazer, ca non avía de plazo más de nueve días en que salliesse de todo el reyno.”*[3] La posibilidad de perder los vínculos señoriales, estructura fundamental de la sociedad hispana medieval y europea occidental de la misma época, significaba perder los lazos que unen al vasallo con todo su mundo conocido. Las connotaciones del destierro son variadas y en diversos planos, más o menos profundas, pero lo importante a señalar aquí es que el *Poema*, por el contrario, presenta esta casi ruptura del vasallaje entre el rey y el Cid, como la posibilidad originaria de la experiencia heroica del personaje, sin contar además con que este destierro, más que desgracias, trae al Cid las más grandes riquezas y mayor fama posible, lo que se desarrollará en el siguiente punto. Lo que podemos ver es que el vasallaje, desde el punto de vista del rey como señor, es que como mayor exponente de la jerarquía social, éste tiene un gran marco de libertad para hacer o deshacer la vida de los habitantes que están bajo sus dominios, a partir de una política que podríamos denominar estatal y que, por ende, confunde fácilmente el sentido de lo público y de lo privado, como lo entendemos actualmente[4]. Es interesante destacar que esta configuración del poder regio, a raíz de la institución del vasallaje, es la que permite, dentro de la literatura,

desarrollar pasiones, aventuras y desencuentros que conforman la experiencia heroica, es decir que, a partir de ella, los sucesos se van encadenando en una secuencia, en la cual la ira del rey para con el Cid significa el motivo primero y último de toda la obra, estableciendo de este modo que quedando fuera de los lazos de vasallaje, el hombre medieval difícilmente entraba en las dinámicas sociales que lo llevarán al reconocimiento de su misma existencia.

Este fundamental lazo lleva a que el Cid no deje de serle leal a su rey y señor, aún cuando con el destierro, podía permitírsele. Es por eso que anteriormente, hablábamos de una *casi* ruptura de aquel vínculo entre ambos personajes. Al parecer, con la frase, ya tan célebre “*¡Dios, qué buen vassallo, si oviessse buen señore!*”[5], el Cid se nos aparece como el mejor de los mejores, el leal, el incorruptible vasallo que aun a costa de un rey injusto –y quizás, gracias al mismo-, se eleva por sobre las situaciones normales, apuntando su heroicidad e gran medida, a la fidelidad, lealtad y respeto inamovible hacia la autoridad y al orden que para el período que estudiamos, toma forma y fuerza. En este sentido, apreciamos una necesidad de legitimar moralmente una institución que, si bien estaba vigente, corría muchas veces el peligro de desdibujarse en un mundo de frontera, como es el de la Península Ibérica, debido a las posibilidades de mayor independencia que un estado de guerra (real o a nivel de discurso) traía consigo. Si la monarquía hispano-cristiana se hacía fuerte, requería la cohesión total de su reino para potenciar y ampliar dicha fortaleza frente a su enemigo y, por lo tanto, requería de un discurso, a partir de la épica en este caso, que ponderara la vía mejor lograda hasta entonces para ejercer el poder. De ahí que el motivo de la ira del rey, presentada en el *Poema*, sea la posible traición del Cid a su rey al tomar riquezas que no le corresponderían, motivo suficiente, en este contexto, para castigarlo con el destierro.

Por su parte, el Cid también se nos presenta como señor de sus propios vasallos y, dentro de su papel, se ponderan del mismo modo las virtudes que todo buen señor debería tener. Su generosidad, su inteligencia militar, su sencillez, valentía y compañerismo, entre otras cualidades, son todos modos de calificar a un buen cristiano que, cual pastor, dirige bien su rebaño. Esta combinación encarnada en el Cid, entre buen vasallo y buen señor a un mismo tiempo, responde entonces a una heroicidad moralizante que acompaña y apoya una especie de virtud civil, aun cuando este término nos suene anacrónico. El punto es el entrecruzamiento entre política y religiosidad como un todo complejo que da forma al héroe medieval, en un momento en el que la fe es la base de un movimiento geo-político más fuerte que da vida al imaginario hispano respecto a ese *otro* que, no solo es enemigo espiritual, sino que también afecta la incipiente idea nacional en el territorio.

Mencionábamos también las posibilidades que el mundo de frontera representa en la obra, como un camino que puede generar riquezas, gloria, honor y honra. Sin embargo, es necesario destacar que este sólo se consigue cuando todas las cualidades morales se reúnen en el personaje heroico. Más allá de las oportunidades reales que la situación hispana presentaba, en el *Poema* se nos señala que la victoria del Cid y su ascenso social como resultado de aquellas, responden al destino de un héroe que a costa de grandes sacrificios y pesares, logra llevar a su máxima expresión todas aquellas virtudes ya señaladas que representan tanto un orden político como uno moral-cristiano. Una vez así conformado, nos adentramos a este espacio de frontera que da una centralidad no menor a la guerra y, por lo tanto, al desempeño militar. Como es de suponer, tal situación traía consigo muy buenas motivaciones para aquellos que, como el Cid, no pertenecían a la alta nobleza del reino y, por ende, tenían la oportunidad de destacarse por medio del ejercicio de las armas. Como nos señala González, la

oportunidad de participar “en una expedición de ofensa que implique destrucción y saqueo es sin duda el botín que detrae la ganancia de un beneficio material a los expedicionarios de manera inmediata y directa.”[6] De ahí que nos encontremos a tantos hombres dispuestos a marcharse junto al Cid a tierras poco hospitalarias, puesto que no tenían mucho que perder. Recordemos, al respecto, las palabras de Álvaro Fáñez, cuando, consolando al Cid, nos adelanta que: “Aun todos estos duelos en gozo se tornarán”[7] Es decir que, en este contexto de mayor movilidad espacial, social y cultural, el ejercicio de las armas no dejaba de ser relevante para la generación de riquezas personales que iban más allá del servicio al señor o al rey, diferenciándose así de otros territorios europeos. Esta situación formaba parte de la experiencia cotidiana y, en este sentido, se le puede otorgar mayor relevancia y peso al momento de configurar las estructuras sociales en el mundo hispano.

Por último, esta misma situación de movilidad y dinamismo traía consigo la hostilidad de la nobleza que queda tan bien reflejada en el *Poema* a partir del desencuentro entre el Cid y algunos nobles, quienes serán a fin de cuentas, los desencadenantes de toda la trama heroica. En este caso, es sintomática la contraposición de las virtudes cidianas frente a los defectos civiles y morales que encarnan estos verdaderos enemigos del Cid –más aún que los musulmanes con quienes combate-, reflejando así, una vez más, esta doble dimensión política y religiosa, fuertemente combinadas, que la obra estaría planteándonos como marco esencial de las estructuras sociales que se pretenden legitimar.

Ligado con lo anterior, nos enfrentamos a aquellas nociones más bien ambiguas que distinguen a musulmanes y a cristianos, llevándonos a evaluar una situación que estuvo lejos de ser zanjada desde la autoridad real y eclesiástica, respecto a la calidad del musulmán como enemigo, ya sea de la fe, o del reino. Desde un principio se nos relata la alianza de nobles cristianos con el rey de

Granada, un musulmán, contra el rey de Sevilla, “*vasallo y pechero del rey Alfon, su señor*”. [8] En este contexto se refleja una situación crucial a tener en cuenta, respecto a las estructuras políticas de los distintos reinos que cohabitaban la Península Ibérica: Haciendo hincapié en dos puntos relevantes, podemos destacar, en primer lugar, la relación de vasallaje, ya no sólo al interior de la sociedad hispano-cristiana, sino que además entre un reino y otro, relacionando así a moros y cristianos en una convivencia política, reglamentada y organizada de acuerdo a instituciones que ambos mundos reconocen. Hablamos entonces de una frontera en constante movimiento, que integra a la vez que desplaza a uno u otro reino, según las victorias o derrotas que en las batallas se alcancen, dando pie a que aquel musulmán, antes enemigo de la fe y del rey, pase ahora a engrosar las filas y dominios del reino hispano-cristiano. De acuerdo a esto, la decisión política primaria por sobre convicciones religiosas si entendemos la idea de cruzada en España como el exterminio y erradicación de los musulmanes del territorio. Al no ocurrir esto y, en cambio, contar con este enemigo de la cristiandad dentro de las lógicas de relaciones de poder que imperan en España y en el resto de Europa, comprendemos que el poder político tiene cierta preponderancia, toda vez que conlleva el poder fáctico, la realidad cotidiana y la fuerza necesaria para imponerse, de acuerdo a las necesidades de la monarquía, por sobre nociones espirituales más radicales que, como lo muestra el *Poema de mio Cid*, no podrían aplicarse cuando el dinamismo y el diálogo en la frontera eran características importantes de la realidad que sostenía las estructuras sociales del mundo hispano.

En segundo lugar, lo anterior se reafirma cuando vemos que los propios nobles cristianos están dispuestos a sostener alianzas con reyes musulmanes, en pos de intereses pragmáticos, inmediatos y muy sintomáticos de esta realidad de diálogo y movilidad, y no así, de absoluto rechazo. Por lo tanto, la obra que eleva a

la gloria a Rodrigo Díaz de Vivar, no solo servirá a la Monarquía y a la Iglesia para ponderar las más altas virtudes que configuran el *ethos* del caballero cristiano, para así, de alguna forma apelar a la aplicación de las mismas a través de la exaltación del héroe, sino que además logra en su genialidad, representar las incipientes contradicciones que habrá entre el poder político y el eclesiástico, quitando el velo a una realidad de frontera que se descubre como más compleja de lo que pudiera parecer a simple vista.

Cruzada y reconquista han sido dos términos utilizados para clasificar dos tipos de intención y de acción que las autoridades eclesiásticas y regias emprendieron frente a una realidad y enemigo común, el musulmán. Sin embargo, ambos representan las dos caras de una misma moneda: a través de la lectura del *Poema de mio Cid*, se aprecia que la avanzada del cristianismo en territorios musulmanes se corresponde con una avanzada también de tipo militar y, por ende, geopolítica de gran interés para el rey.

Este es el escenario, el día a día en el que vemos desenvolverse la acción del *Poema*, descrito por su autor dentro de los marcos de la obviedad: no significan una sorpresa para él ni para sus posibles públicos aquella frontera escurridiza, dinámica y dialogante. Lo que destaca e impresiona, por el contrario, es aquel personaje elevado a héroe nacional, dado que sus virtudes cristianas se vuelcan al servicio del proyecto regio de reconquista y entrecruzados configuran la leyenda cidiana, legando a la posteridad el modelo del caballero hispano-cristiano. Todo ello, gracias a esta realidad particular, las relaciones de poder, como son el vasallaje, las alianzas políticas, la movilidad social y las nociones ambiguas de aquel enemigo común que tendrán sus particularidades en la Península. Si bien no debemos conceder un aislamiento total a España del resto del continente, tampoco podemos obviar lo que la lectura de esta obra literaria nos muestra como

aproximaciones veraces de una realidad que se distingue y que, con luz propia, da mayor vitalidad y complejidad a aquella imagen de una sociedad homogénea en expresiones culturales, políticas y sociales, como muchas veces se nos presenta la Edad Media.

Tampoco debemos olvidar que, a pesar de ser la religión católica, la base fundamental de la cultura y del imaginario colectivo que, en gran medida domina este período, no dejó de tener conflictos, muchas veces de importantes consecuencias, con los poderes seculares que la mayoría de las veces darán prioridad a necesidades contingentes y de carácter puramente práctico. El *Poema* bien nos da cuenta de ello, como hemos querido hacerlo notar a lo largo de este trabajo. Concluimos por tanto, que la noción de Cristiandad comprende una dimensión de frontera política que, en lo que respecta al caso español, dará los márgenes y pautas para la generación de su organización socio-política y, a partir de esta, de la exaltación de un héroe que al responder positivamente a tales instituciones, ocupa un lugar relevante en el *folklore* popular como autoridad moral, pero también como modelo nacional, encarnando en sí mismo al caballero cruzado y al guerrero reconquistador que todo Papa y todo rey hubiesen querido tener.

* Tamara Alvarado es estudiante de Licenciatura en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

* Ponencia presentada en el Coloquio "Mosaicos del Mundo Medieval" (Agosto, 2009).

[1] Sánchez Albornoz, *España, un enigma histórico*, Sudamericana, Buenos Aires, 1962.

[2] Fradejas, José, "Literatura y corrientes ideológicas" en Hernández Alonso, César, *Actas del Congreso Internacional. El Cid, Poema e Historia*, Ayuntamiento de Burgos, 2000, p.42

[3] Bolaño e Isla, Amancio (ed.), *Poema de Mío Cid*, México, 1974, pp.4

[4] Leemos en distintos momentos de la obra este modo de hacer política: "Convidar le ien de grado, mas ninguno non osava: el rey don Alfonso tanto avie le grand saña. Antes de la noche en Burgos dél entró su carta, con grand recabdo e fuertementre sellada: que a mío Cid Roy Díaz que nadi nol diesen posada, e aquel que gela diesse sopiesse vera palabra que perderie los averes e más llos ojos de la cara." *Ibid*, pp.6; "Sobre aquesto todo, decir vos quiero, Albar Fáñez: de todo mío reyno los que lo quisieren far, buenos e valientes pora mío Cid huyar, suéltoles los cuerpos e quítoles las heredades." *Ibid.*, p.56

[5] *Ibid.*, p.6

[6] González Díez, Emiliano, "Literatura y corrientes ideológicas" en Hernández Alonso, César, *Actas del Congreso Internacional. El Cid, Poema e Historia*, Ayuntamiento de Burgos, 2000, p.197.

[7] Bolaño e Isla (ed.), *Op. Cit.* p.26.

[8] *Ibid.*, p.2

Para citar este artículo:

Alvarado H., Tamara, "Cruzada y Reconquista a partir del Poema de Mío Cid: una lectura de las estructuras socio-políticas para los siglos XII-XIII", *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 1, Santiago, 2011, pp.35-45